

Jorge Luis Borges, en Revista SÍNTESIS, Buenos Aires, año I, No. 6, noviembre de 1927 (también en Jorge Luis Borges: *Textos recobrados, 1919-1929*. Emecé Editores, Buenos Aires, 1997, pp. 321-322)

ALFREDO MARIO FERREIRO
EL HOMBRE QUE SE COMIÓ UN AUTOBÚS

Este libro no es un libro de felicidad, sino de alegría. Yo creo interesarme mucho en la felicidad y muchísimo menos en la alegría, ya que soy poseedor frecuente de esta última y no de la primera. Esta mínima salvedad personal no es para desentenderme de los aciertos que hay en *El hombre que se comió un autobús*; es una confesión de distancia.

Alfredo Mario Ferreiro es el único futurista que he conocido. No es, como el orador itálico Marinetti, un declamador de las máquinas ni un dominado por su envión o su rapidez; es un hombre que se alegra de que haya máquinas. También de que haya viento y potros y vidas. Es decir, la realidad le da gusto.

Copio alguna de las acertadas que hay en sus versos:

*¡Qué idea de reposo daría un rascacielo
acostado en el suelo!*

*Potros
Pedacitos de escudo nacional
Bellaqueando como una bandera*

y éstas, de una agradabilísima composición sobre Buenos Aires, que registra lo que puede ver, humanamente, un recién venido:

*Lavalle, Libertad, calles del ¿qui me cointas?
calles donde Lajandros te despoja del saco
y te ofrece unas guitas por el par de botines...
Una ciudad abombada por el ruido continuo,
con unos hombres grises y un cielo entrecolor;
con unas chimeneas hartas de tanto humo,
unos taxis cansados de las calles tan largas
y unos "chorros" de estirpe, gloria de la Nación.*

Estos incidentes –como otros incidentes nos desdeñables– sólo nos dan un minuto de placer, pero nos lo dan.

Adiós a mi ropero, es otro de los méritos de este libro, pero como su valía no es de *acertadas*, sino de conjunto, no transcribiré nada de él.

Ferreiro hombre no es menos diablo que Ferreiro escritor. Así me lo dijo la voz más apasionada de Buenos Aires, una voz a la que deberíamos creerle todo, hasta cuando nos dice versos con cisnes: la voz riquísima en fervor, de Wally.